MÁXIMO GORKI

BOLES Y OTROS CUENTOS

BOLES Y OTROS CUENTOS

Máximo Gorki



Máximo gorki

Boles y otros cuentos



Máximo Gorki

Seudónimo de Alexéi Maximóvich Peshkov; nació en Nijni-Novgorod, Rusia, el 28 de marzo de 1868. Novelista y dramaturgo ruso, maestro del realismo socialista y una de las personalidades más relevantes de la cultura y de la literatura de su país. Gorki también fue nominado cinco veces para el Premio Nobel de Literatura.

El éxito literario le llegó tras la publicación del relato breve *Makar Chudra* en 1892, donde combina una descripción brillante de la naturaleza con un rico flujo narrativo interno para abordar el tema de la dignidad humana y la libertad en forma folclorista y ultra romántica.

El título más importante de su novelística fue *La madre* (1907), escrita durante un viaje que realizó a Estados Unidos para recolectar fondos para la causa bolchevique. La novela narra la historia de una madre que adopta la causa del socialismo como una suerte de religión, después de que su hijo, un activista político, es arrestado. Elogiada con entusiasmo por Lenin, adquirió una injustificada fama durante el período soviético, como ejemplo del triunfo inevitable de las ideas comunistas.

En 1928 regresó nuevamente a Rusia, convirtiéndose en vocero del régimen de Stalin y abogado de la doctrina del realismo socialista, lo que tuvo un decisivo y nefasto efecto sobre su reputación intelectual. Murió en Moscú en circunstancias que todavía no han sido aclaradas.

Boles y otros cuentos
Máximo Gorki

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

BOLES

He aquí lo que me refirió un día un amigo:

Cuando yo era estudiante en Moscú, habitaba en la misma casa que yo una de «esas señoras». Era polaca y se llamaba Teresa. Una morena muy alta, de cejas negras y unidas y cara grande y ordinaria que parecía tallada a hachazos. Me inspiraba horror por el brillo bestial de sus ojos oscuros, por su voz varonil, por sus maneras de cochero, por su corpachón de vendedora del mercado.

Yo vivía en la buhardilla, y su cuarto estaba frente al mío. Nunca abría la puerta cuando sabía que ella estaba en casa, lo que, naturalmente, ocurría muy raras veces. A menudo se cruzaba conmigo en la escalera o en el portal y me dirigía una sonrisa que se me antojaba maligna y cínica. Con frecuencia la veía borracha, con los ojos huraños y los cabellos en desorden, sonriendo de un modo repugnante. Entonces solía decirme:

—¡Salud, señor estudiante!

Y se reía estúpidamente, acrecentando mi aversión hacia ella. Yo me hubiera mudado de casa con tal de no tenerla por vecina; pero mi cuartito era tan mono y

con tan buenas vistas, y la calle tan apacible, que yo no acababa de decidirme a la mudanza.

Una mañana, estando aún acostado y esforzándome en encontrar razones para no ir a la universidad, la puerta se abrió de repente, y aquella antipática Teresa gritó desde el umbral con su bronca voz:

—¡Salud, señor estudiante!

—¿En qué puedo servir a usted? —le pregunté.

Observé en su rostro una expresión confusa, casi suplicante, que yo no estaba acostumbrado a ver en él.

—Mire usted, señor… Yo quisiera pedirle un favor… Espero que no me lo negará usted.

Seguí acostado y guardé silencio. Pensé: «Se vale de un subterfugio para atentar contra mi castidad, no cabe duda. ¡Firmeza, Egor!».

—Mire usted, necesito escribir una carta… a mi tierra —dijo con acento extremadamente tímido, suave y suplicante.

«Bueno —pensé—; si no es más que eso, ¿por qué no?».

Me levanté, me senté ante la mesa, cogí papel y pluma y le dije:

—Siéntese usted y dícteme.

Avanzó, se sentó llena de embarazo, y me miró con aire confuso.

—Bueno; ¿cuál es la dirección?

—Señor Boleslav Kachput, en Sventiani, camino de hierro de Varsovia…

—¿Quiere usted decirme lo que he de escribir?

—Escriba usted: «Mi querido Boles… corazón mío… mi fiel enamorado… ¡Qué la Santísima Virgen te proteja!… Tesoro mío, ¿por qué no has escrito desde hace tiempo a tu palomita Teresa, que está muy triste?».

Me costó gran trabajo contener la risa; aquella «palomita» tenía cerca de dos metros y medio de estatura

y unos puños enormes, y era tan sucia, que parecía haber pasado la vida limpiando chimeneas sin lavarse nunca. Logré permanecer serio, y le pregunté:

—¿Quién es ese Bole?

—¡Boles, señor estudiante! —rectificó, visiblemente contrariada por mi deformación del nombre —Boles es mi novio.

—¡Novio de usted!

—¿Por qué, señor estudiante, se muestra tan asombrado? ¿Acaso yo, una muchacha, no puedo tener novio?

¡Ella una muchacha!

—¿Por qué no? Todo es posible. ¿Hace mucho tiempo que son ustedes novios?

—Más de cinco años.

—¡Caramba! —me dije.

En fin, acabé de escribirle la carta. Una carta tan tierna, tan amorosa, que yo hubiera con gusto ocupado el lugar de Boles si su corresponsal no hubiese sido Teresa, sino otra mujer de menores dimensiones.

—¡Se lo agradezco a usted de todo corazón, señor estudiante! Me ha prestado usted un gran servicio —me dijo Teresa saludándome—. ¿No podría yo, en pago, prestarle a usted otro a mi vez?

—No; se lo agradezco.

—¿No necesita el señor estudiante que le remienden la camisa o los pantalones?

Aquel mastodonte con faldas me puso colorado, permitiéndose tal suposición.

Nada suavemente, le contesté que no tenía necesidad de sus servicios.

Y se marchó.

Pasaron quince días. Una tarde estaba yo sentado junto a la ventana, pensando en el modo de abstraerme

de mi propia persona. Me aburría terriblemente. Hacía mal tiempo; yo no tenía ganas de ir a ninguna parte, y me entregaba al autoanálisis. Esto no era muy divertido; pero yo estaba tan sin ánimos…

De pronto, la puerta se abrió; por fin llegaba alguien.

—¿El señor estudiante no tiene ninguna ocupación urgente?

Era Teresa… ¡Diablo!

—No. ¿Por qué?

—Yo le agradecería al señor estudiante que me escribiera otra carta.

—Estoy a su disposición de usted. ¿La carta es para Boles?

—No; hoy es de él.

—¿Cómo?

—¡Qué estúpida soy! Me he explicado muy mal. Hoy no se trata de escribirme una carta a mí, sino a

una amiga… Es decir, no a una amiga, sino… a un joven… No sabe escribir y tiene una novia… Se llama como yo: Teresa… ¿Ha comprendido usted?… Tendrá la amabilidad de escribirle una carta a la otra Teresa…

La miré; parecía llena de confusión; sus dedos temblaban… A pesar de lo embrollado de sus palabras, empecé a adivinar…

—Escúcheme, señora —le dije—: los Boles y las Teresas solo existen en su imaginación de usted. Ha inventado usted esas mentiras para hacerme caer en su trampa. Pero usted se engaña. No tengo maldita la gana de entrar en relaciones con usted. ¿Me entiende?

Pareció de pronto extrañamente temerosa y confusa, y empezó a mover de un modo grotesco los labios, queriendo decir algo, pero sin decir nada. Yo la contemplaba, y pensaba que, a lo que parecía, me había equivocado un poco al atribuirle la intención de hacerme abandonar el camino de la virtud y que debía de ser otro su objeto.

—¡Señor estudiante!… —comenzó.

Pero no pudo terminar; de un modo repentino, brusco y como desesperado volvió la espalda y se marchó.

Yo me quedé de muy mal humor. Tras una corta reflexión, me decidí a ir a su cuarto para invitarla a volver al mío. Estaba dispuesto a escribirle todo lo que quisiera.

Al entrar en su cuarto, vi que estaba sentada junto a su mesa y con la cabeza entre las manos.

—¡Oiga usted! —le dije.

Siempre, cuando llego a este punto de mi narración, me asombro de mi estupidez… ¡Fue aquello tan tonto!

—¡Oiga usted! —le dije.

Se levantó bruscamente, se dirigió hacia mí, con los ojos brillantes; apoyó sus manos en mis hombros, y empezó a murmurar, o, mejor dicho, a tronar con su bronca voz:

—¡Bueno! Supongamos que no hay, en efecto, ningún Boles… Que Teresa tampoco existe… ¿Qué le importa a usted? ¿Le cuesta tanto trabajo escribir unas cuantas

líneas? Debía darle vergüenza… Tan joven, tan blanco. ¡Sí; no hay ni Boles ni Teresa, sépalo usted! No hay más que yo… ¿Estamos?

—Permítame usted —le pregunté, estupefacto por sus palabras—. ¿De qué se trata entonces? ¿No hay ningún Boles?

—¡No!

—¿Y ninguna Teresa?

—Ninguna Teresa tampoco. Teresa soy yo.

Yo no comprendía ni una palabra. La miré atónito y me pregunté cuál de los dos se había vuelto loco.

Mi vecina se acercó de nuevo a la mesa, buscó en ella algo y después se dirigió hacia mí y me dijo con tono de enojo:

—¡Si ha sido para usted tan molesto escribirle la carta a Boles, tómela, llévesela si quiere. Ya encontraré otros señores que se presten gustosos a escribirme cartas.

Y vi que me alargaba la que yo le había escrito a Boles. ¡Demontre!

—Oiga usted, Teresa. ¿Qué significa esto? ¿Para qué quiere usted pedirle a los demás que le escriban cartas cuando ni siquiera ha echado ésa al correo?

—¿Pero a quién quiere usted que se la remita?

—¡A ese… a Boles!

—¡Pero si no existe!

¡Decididamente, yo no comprendía una palabra!

No me quedaba más que irme. Y lo hubiera hecho al punto de no haberse empeñado ella en explicarse.

—¿Qué? —dijo enojada—. Ya le digo a usted que Boles no existe…

Y se pintó en su rostro una gran extrañeza de que no existiera.

—Sin embargo, debía existir. ¿No soy yo un ser humano como los demás? Claro que soy… En fin, ya sé lo que soy; pero no le hago daño a nadie si le escribo…

—Perdone usted. ¿A quién?

—¡Toma, a Boles!

—¡Pero si no existe!

—¡Jesús, María! ¿Qué importa que no exista? Yo me lo imagino. Le escribo y me figuro que existe en realidad. Teresa soy yo; él me contesta… y luego, a mi vez le contesto yo…

Entonces comprendí.

¡Me dio una vergüenza, experimenté un dolor, una pena! ¡Junto a mí, a tres pasos de mi puerta, vivía una mujer a quien nadie en el mundo le había dado muestras de afecto, y se había inventado un amigo!

—Mire usted —continuó—, usted me ha escrito una carta para Boles, yo se la doy a leer a otros, y cuando les oigo leérmela, me hago la ilusión de que Boles, en efecto, existe. Después suplico que me escriban una carta de Boles para Teresa, es decir, para mí. Y cuando me leen esta carta, no me cabe ya duda de que existe Boles, lo cual me hace la vida más llevadera.

—¡Diablo! ¡Vaya una historia! —me dije.

«En fin, a partir de aquel día, comencé a escribir puntualmente dos veces por semana cartas a Boles y respuestas de este a Teresa, que escuchaba ella llorando de emoción o más bien aullando broncamente. En pago de las lágrimas que le arrancaban las respuestas del Boles imaginario, me zurcía gratis los calcetines, las camisas y otras prendas. A los tres meses, la metieron en la cárcel, no sé con qué motivo. Probablemente se habrá muerto ya…».

El narrador sopló la ceniza del cigarrillo, miró pensativamente al cielo, y concluyó:

«Si, así sucede… Cuando más le persigue el destino, más ávidamente busca el hombre la felicidad. Pero nosotros no nos percatamos de ello, porque nuestros corazones están blindados por virtudes vetustas y lo vemos todo al través de la niebla que pone en nuestros ojos el contento de nosotros mismos, la convicción estúpida de nuestra impecabilidad…».

Tras una breve pausa, agregó:

«En fin, todo esto es estúpido y cruel. Se habla de los hombres encenagados. ¿Qué son los hombres encenagados? Ante todo, son seres humanos, con los mismos huesos, la misma sangre y los mismos nervios que nosotros. Y se nos habla de los hombres encenagados todos los días, desde hace siglos. Nosotros escuchamos y… no, ¡es demasiado imbécil! En realidad, nosotros somos también hombres encenagados, caídos muy bajo, caídos en el fondo de nuestra convicción errónea de que nuestros nervios y nuestros cerebros son superiores a los de los demás, cuando toda nuestra superioridad consiste en que somos más cucos y sabemos hacernos los buenos mejor que los demás… Pero basta de filosofías. Todo esto es tan sabido que da vergüenza hablar de ello.».



EL NACIMIENTO DE UN HOMBRE

Corría el año 1892, el año del hambre. Me hallaba yo en la orilla del río Kodor, entre Sujum y Ochamchira, no muy lejos de la costa: por debajo del alegre estruendo de las aguas de aquel río de montaña se podía sentir claramente el sordo chapoteo de las olas del mar.

Otoño. En la espuma blanca del Kodor giraban y pasaban de largo las hojas amarillas del lauroceraso, que recordaban a pequeños y ágiles salmones; yo estaba sentado en una piedra, justo en la orilla, pensando en que a lo mejor las gaviotas y los cormoranes también confundían las hojas con peces y se sentían defraudados: acaso por ese motivo gritaban resentidos allí, a mi derecha, más allá de los árboles, donde saltaban las olas del mar.

Por encima de mí, los castaños estaban revestidos de oro; había a mis pies montones de hojas caídas que parecían manos amputadas. Las ramas del ojaranzo que veía en la otra orilla ya estaban desnudas y colgaban en el aire igual que una red desgarrada; como atrapado en ella, saltaba un pájaro carpintero de montaña, de plumaje rojo y amarillo, martilleando con su pico negro la corteza del tronco, haciendo salir a unos insectos que los diestros

carboneros y los trepadores azules —huéspedes del norte lejano— aprovechaban para picotear.

A mi izquierda, sobre las cumbres de las montañas, unas densas nubes humeantes amenazaban lluvia y proyectaban unas sombras que se arrastraban por las verdes laderas donde crece el boj, el «árbol muerto», y donde, entre los huecos de las viejas hayas y tilos, se puede encontrar la «miel venenosa» que en la Antigüedad estuvo a punto de causar, con su dulzura embriagadora, la perdición de los soldados de Pompeyo el Grande, derribando a una legión entera de férreos romanos. Las abejas la producen con las flores de lauro y azalea, y los vagabundos la extraen de los huecos de los árboles y se la comen untada en lavash, esa fina torta de harina.

Eso, ni más ni menos, es lo que estaba haciendo yo aquel día, sentado en una piedra bajo unos castaños y acosado por una abeja furiosa: mojaba pedazos de pan en un cazo lleno de miel, disfrutando mientras comía de los juegos indolentes del cansado sol otoñal.

Otoño en el Cáucaso: era como estar en una espléndida catedral edificada por unos grandes sabios que hubieran sido grandes pecadores a la vez: con ánimo de ocultar

su pasado de las miradas indiscretas de la conciencia, construyeron un colosal templo de oro, turquesas y esmeraldas; colgaron en las montañas las más bellas alfombras de seda, cosidas por los turcomanos en Samarcanda y Shemajá; saquearon el mundo entero y todo lo trasladaron al Cáucaso, depositándolo ante los ojos del sol, como si desearan decirle:

—Todo esto es tuyo, de parte de los tuyos y para ti.

Veía yo cómo unos gigantes de largas barbas grises y ojos enormes de niños alegres descendían de las montañas para embellecer la tierra, repartiendo generosamente sus coloridos tesoros: cubrían las cumbres con gruesos mantos de plata y las laderas con la viva tela de los árboles multiformes. Así, bajo sus manos, este pedazo de tierra bendita adquiría una belleza arrebatadora.

Qué magnífica tarea la del hombre en la tierra: tiene tantos prodigios que admirar, y es tan terrible la dulzura que conmueve su corazón en mudo éxtasis ante la belleza…

Es verdad que en ocasiones las cosas se tuercen: un odio abrasador inunda el pecho y la angustia se bebe

ávidamente la sangre del corazón. Pero esos momentos acaban pasando de largo. Hasta el sol, a menudo, mira a los hombres con pesar: ha hecho tanto por nosotros, pero le hemos fallado…

Naturalmente, también hay mucha gente buena, pero incluso a esas personas les vendría bien un repaso o, mejor aún, que volvieran a rehacerlas enteras, de pies a cabeza.

De pronto, sobre unos arbustos, a mi izquierda, aparecieron unas vacilantes cabezas oscuras: entre el rumor de las olas del mar y el murmullo del río, apenas se oían las voces humanas. Eran víctimas de la hambruna que se dirigían a Ochamchira en busca de trabajo; venían de Sujum, donde habían estado construyendo una carretera.

Yo ya los conocía: era gente de Oriol, había estado trabajando con ellos y nos habían despedido a todos juntos, la misma víspera; pero yo me había marchado antes que ellos, en plena noche, con intención de llegar a la costa antes de que amaneciera.

Eran cuatro hombres y una mujer joven, embarazada. Recuerdo sus pómulos salientes y sus ojos grises, desencajados, como si estuviera asustada. Tenía una tripa enorme, abombada hacia arriba. Aún me parece ver, por encima de los arbustos, su cabeza envuelta en un pañuelo amarillo, balanceándose como un girasol sacudido por el viento. En Sujum se le había muerto el marido: de una indigestión de fruta. Yo había vivido en un barracón con aquella gente: de acuerdo con la vieja usanza rusa, solían comentar sus desventuras con tanta asiduidad y pasión que sus quejas debían de ser conocidas en cinco verstas a la redonda.

Era gente tediosa, abrumada por la desgracia. Se habían visto obligados a romper con su tierra natal, una tierra exhausta y estéril, y la adversidad los había llevado hasta esas latitudes, igual que el viento arrastra las hojas secas en otoño. La exuberancia de una naturaleza exótica los había deslumbrado, y las duras condiciones de vida habían acabado de hundirlos. Miraban desconcertados, con ojos apagados y tristes, sonriéndose los unos a los otros con amargura, comentando en voz baja:

—Ay… ¡Qué maravilla de tierra!

—Crece todo con una vitalidad…

—Hum, sí… pero es algo pedregosa…

—No es una tierra fácil de trabajar, eso también hay que decirlo…

Y evocaban lugares como Kobyli Lozhok. Como Suji Gon. Como Mokrénkoie.

Su patria chica, donde cada puñado de tierra guardaba el polvo de los antepasados, cargado de recuerdos, y era familiar y entrañable, y había sido regado con su sudor.

Con ellos residía también otra mujer: alta, erguida, lisa como una tabla, con una mandíbula caballuna y una mirada apagada en sus ojos bizcos, negros como el carbón.

Por las noches, salía con la mujer del pañuelo amarillo y se sentaban juntas detrás del barracón, encima de un montón de cascajo. Allí, con la cabeza ladeada, apoyando la mejilla en una mano, cantaba con su voz aguda e irritada:

Entre las verdes matas,
detrás del camposanto;
sobre los arenales
tenderé un paño blanco.
Esperaré impaciente
a que venga mi amado…
Cuando venga mi amigo,
me inclinaré a su paso…

Su compañera solía guardar silencio; se limitaba a bajar la cabeza y mirarse la tripa. Pero a veces, súbitamente, se unía a la canción; cantaba con indolencia, con una voz masculina, un tanto áspera y gruesa, con palabras como gemidos:

¡Ay, ay, mi querido!
¡Ay, mi dulce amado!
Se niega el destino
a que nos veamos…

En la sofocante oscuridad de la noche meridional esas voces quejumbrosas rememoraban el norte, las extensiones nevadas, el silbido de la ventisca y el aullido distante de los lobos…

Más tarde la mujer bizca sufrió unas fiebres y la trasladaron a la ciudad, en una camilla de hule; iba tiritando y gemía, como si siguiera cantando su canción sobre el camposanto y los arenales…

Inclinándose bruscamente, la cabeza amarilla desapareció de mi vista. Yo terminé mi desayuno, cubrí con unas hojas el cazo con la miel, cerré el morral y, sin apresurarme, fui detrás del grupo, golpeando con mi bastón de cornejo en el duro sendero.

Al rato, ya me encontraba en la angosta cinta gris del camino. A la derecha se mecía el mar, de un intenso azul; era como si unos invisibles carpinteros lo estuvieran cepillando con millares de garlopas: las blancas virutas corrían hacia la orilla entre susurros, empujadas por un viento húmedo, tibio y fragante como el aliento de una mujer vigorosa. Una barca turca, escorada a babor, se deslizaba hacia Sujum; hinchaba las velas de la misma manera que un notable ingeniero de Sujum hinchaba sus gruesos carrillos: era un hombre de orden, aunque, por alguna razón, pronunciaba como le venía en gana y disfrutaba denunciando a la gente ante la policía. Es un alivio pensar que, muy probablemente, los gusanos ya

deben de haber dejado sus huesos mondos en la tumba hace tiempo.

Marchaba con ligereza, como flotando en el aire. Los gratos pensamientos, los vistosos recuerdos, jugaban al corro, sin hacer ruido, en la memoria. Ese corro en el alma era como las blancas crestas de las olas en el mar: agitaban la superficie, pero en las profundidades reinaba la calma. Ahí es donde las brillantes y flexibles esperanzas de la juventud nadan tranquilamente, como los peces de plata en los abismos marinos.

El camino descendía hacia el mar; se aproximaba serpenteando en la franja de arena donde irrumpían las olas. También los arbustos tenían ganas de escudriñar el rostro de las olas; se inclinaban por encima de la cinta del camino, como si quisieran saludar la inmensidad azul de las aguas solitarias.

El viento empezó a soplar desde las montañas: pronto iba a llover.

Un gemido silencioso entre los matorrales, un gemido humano que siempre despierta compasión en el alma.

Abriéndome paso entre los arbustos, me encontré con la mujer del pañuelo amarillo. Estaba sentada, con la espalda apoyada en un tronco de avellano, la cabeza caída sobre un hombro, la boca desmesuradamente abierta, los ojos desencajados y la mirada enloquecida. Sus manos descansaban en la abultada tripa, y respiraba de una forma anómala, haciendo que su vientre subiera y bajara convulsivamente. Entre tanto, la mujer murmuraba en voz muy baja, enseñando unos dientes amarillos de aspecto lobuno.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha pegado alguien? —le pregunté, inclinándome hacia ella.

La mujer se retorcía como una mosca, con las piernas desnudas cubiertas de un polvo ceniciento. Agitando despacio la cabeza, dijo:

—Ve-vete… desvergonzado… La-largo…

Me di cuenta de lo que ocurría: ya lo había visto en otra ocasión. Naturalmente, me asusté, di un paso atrás, mientras la mujer soltaba un quejido fuerte, sostenido. De sus ojos, que parecían a punto de estallar, brotaron

unas lágrimas turbias, las cuales rodaron por sus mejillas hinchadas, tensas, amoratadas.

Eso me animó a ocuparme de ella. Me desprendí del morral, la tetera y el cazo; la hice tumbarse boca arriba y quise flexionarle las rodillas, pero me apartó de un empujón, golpeándome en la cara y el pecho. Entonces se dio la vuelta y, como si fuera una osa, entre roncos gruñidos, se adentró a cuatro patas en la maleza.

—Bandido… diablo…

Le fallaron los brazos, y cayó de bruces, golpeándose con la cara en la tierra; se puso a aullar, estirando las piernas con fuerza.

Estimulado por la urgencia, no tardé en recordar todo lo que sabía del asunto; volví a ponerla boca arriba y le doblé las piernas. Ya había roto aguas.

—Túmbate, ya estás a punto…

Bajé corriendo a la orilla del mar, me remangué, me lavé las manos, volví con ella… y me dispuse a hacer de partero.

La mujer se retorcía como una corteza de abedul en el fuego, dando continuos manotazos en el suelo. No paraba de arrancar manojos de hierba agostada y se los llevaba a la boca una y otra vez, poniéndose la cara perdida de tierra: tenía una expresión aterradora, inhumana, y sus ojos inyectados en sangre lanzaban miradas salvajes. Pero ya empezaba a abrirse paso la cabeza, y no tuve más remedio que impedir las convulsiones de las piernas, ayudar al bebé y vigilar que la madre no se metiera más hierbajos en la boca contraída, con la que no dejaba de bramar…

Nos llamamos de todo. Ella, entre dientes; yo, también en voz baja. Ella, por culpa del dolor y, posiblemente, de la vergüenza; yo, debido al desconcierto y a la pena que me daba aquella mujer…

—¡A-ay, Señor! —gemía con voz enronquecida. No paraba de morderse los labios, amoratados y cubiertos de espuma; de los ojos, que parecían haber perdido de pronto su color, como desteñidos por el sol, seguían manando copiosas lágrimas, fruto del sufrimiento insoportable de una madre en el momento en que su cuerpo se rompía, partiéndose en dos—. Qu-que te largues, demonio… —insistía.

Con sus brazos débiles, desmadejados, seguía intentando apartarme de su lado, mientras yo trataba de persuadirla:

—Venga, no seas boba, que ya casi está aquí…

Sentía una lástima inmensa por ella, era como si sus lágrimas brotaran en mis propios ojos; tenía el corazón en un puño, me entraron ganas de gritar, y no me pude contener:

—¡Vamos, rápido!

Y, de repente, me vi con un ser humano en mis brazos, y era rojo. Aunque entre lágrimas, me di cuenta de que era todo rojo, y ya estaba descontento con el mundo: forcejeaba, alborotaba y berreaba con una voz espesa, a pesar de estar aún unido a la madre. Tenía los ojos azules y la nariz aplastada de un modo chusco contra la cara colorada, que era una pura arruga; movía los labios, arrastrando un chillido:

—*Buuu… buuu…*

Era muy resbaladizo, y poco faltó para que se me escapara de las manos. Yo estaba de rodillas, lo miré bien

y me entró la risa: ¡Qué alegría me daba verlo! Total, que me olvidé de lo que había que hacer…

—Hay que cortarlo… —susurró débilmente la madre; tenía los ojos cerrados y la cara demacrada, de color terroso, como la de una muerta. Apenas podía mover los labios amoratados—: Córtalo… con una navaja…

Me habían robado el cuchillo en el barracón, así que corté el cordón umbilical a dentelladas. El crío berreó con voz de bajo, típica de Oriol, mientras la madre sonreía; vi cómo florecían asombrosamente sus ojos sin fondo, ardiendo con una luz azul, mientras tanteaba con su mano morena en la falda, buscándose el bolsillo. Por fin, acertó a susurrar con aquellos labios que sangraban de tanto mordérselos:

—N-no tengo… fuerzas… con la cinta del bolsillo… atar el cordón…

Saqué la cinta y até el cordón umbilical; su sonrisa era cada vez más luminosa.

Era de hecho tan brillante, tan hermosa, que a punto estuvo de deslumbrarme.

—Mientras te recuperas, voy a ir a lavarlo…

Pero ella farfulló inquieta:

—Cuidado… muy despacito… mucho cuidado…

Aquella criaturita colorada no requería demasiados cuidados: apretaba los puños y berreaba, berreaba como retando a alguien a una pelea.

—*Buuu… buuu…*

—¡Bueno, bueno! Tienes que hacerte fuerte, hermano, si no quieres que tus camaradas te arranquen pronto la cabeza…

Gritó con especial encono y fuerza cuando le bañó por primera vez una ola espumosa que nos roció alegremente a los dos; después, cuando empecé a darle palmadas en el pecho y la espalda, apretó los ojos, se encogió y soltó un chillido penetrante, mientras las olas, una detrás de otra, seguían empapándole.

—¡Qué se te oiga bien! ¡No vayan a decir que no pareces de Oriol! Grita a pleno pulmón…

Cuando regresamos con su madre, yacía con los ojos nuevamente cerrados, mordiéndose los labios; estaba sufriendo para expulsar la placenta. No obstante, entre lamentos y suspiros, pude oír un susurro apenas perceptible:

—Dame… dámelo…

—Puede esperar.

—No, no, dámelo…

Y con manos temblorosas e inseguras se desabrochó la blusa. La ayudé a dejar libre un pecho, que parecía preparado por la naturaleza para satisfacer a veinte bebés, y coloqué sobre su cuerpo tibio a aquel impetuoso hijo de Oriol. El crío comprendió en seguida lo que ocurría y se calló.

—Santa Madre, Virgen Inmaculada —susurraba temblando la madre, moviendo de un lado a otro la cabeza desgreñada, que tenía apoyada en mi morral.

Y de pronto, tras gritar dulcemente, se quedó callada. Entonces volvió a abrir sus ojos increíblemente hermosos,

los ojos sagrados de una recién parida: azules, miraban al cielo azul, y en ellos ardía hasta consumirse una sonrisa agradecida y dichosa.

Levantando con dificultad la mano, se persignó y persignó al niño…

—Bendita seas, Inmaculada Madre de Dios… Ah… Bendita seas…

Los ojos se fueron apagando, se le hundieron. Estuvo mucho rato callada, respirando con dificultad, hasta que dijo de repente, en un tono duro y resolutivo:

—Abre mi morral, amigo…

Una vez abierto, la mujer me miró con atención y sonrió débilmente; me pareció advertir en sus mejillas caídas y en su frente sudorosa un ligerísimo rubor.

—Anda, déjame sola…

—No te muevas mucho…

—Ya, ya… Déjame…

Me metí entre los matorrales, sin alejarme demasiado. Aunque me sentía cansado, unos pájaros prodigiosos me cantaban en el pecho. Unido al chapoteo incesante del mar, era algo tan maravilloso que podría haber estado un año entero escuchándolo…

Cerca de allí se oía el murmullo de un arroyo: era como una joven hablándole de su enamorado a una amiga…

De pronto, por encima de los arbustos, vi la cabeza de la mujer, con el pañuelo amarillo puesto como Dios manda.

—¡Eh, eh, hermana! ¿Adónde vas tan pronto?

Se agarraba a una rama de un arbusto como si estuviera bebida; estaba blanca como una pared y, en lugar de ojos, tenía unos enormes lagos azules. Susurró con ternura:

—Fíjate, cómo duerme…

La verdad es que dormía muy a gusto, pero, en mi opinión, no mucho mejor que los demás bebés; si había alguna diferencia, tendría que ser atribuida a las circunstancias: dormía sobre un montón de vistosas

hojas otoñales, debajo de una clase de arbusto que no se da en la provincia de Oriol.

—Deberías echarte, mujer…

—No, no —replicó, sacudiendo la cabeza; daba la impresión de no tener fuerza en el cuello—; tengo que arreglarme y seguir mi camino hacia… ¿cómo se llama?

—¿Ochamchira?

—¡Justo! Seguro que mi gente ya me lleva algunas verstas…

—Pero ¿de verdad puedes caminar?

—¿Y la Madre de Dios? Ya me echará una mano…

No, claro, si la Madre de Dios iba con ella, ¡no había más que hablar!

Miró a la carita enfurruñada, descontenta, que descansaba debajo de un arbusto; de sus ojos manaban unos cálidos rayos de luz acariciadora. Se remojó los labios y se acarició el pecho, muy despacio.

Encendí una hoguera, y coloqué unas piedras para calentar en ellas la tetera.

—Y ahora, madre, permite que te ofrezca un té…

—Sí, por favor… Estoy toda reseca por dentro…

—¿Qué ha sido de tus paisanos? ¿Cómo es que te han dejado tirada?

—No me han dejado tirada, ¡qué dices! He sido yo, que me he quedado atrás, y ellos habían bebido más de la cuenta… Bueno, mejor así; si no, habría tenido que parir delante de ellos…

Me miró un momento y se cubrió la cara con el codo; después escupió sangre y sonrió avergonzada.

—¿Es tu primer crío?

—Sí, soy primeriza. Y tú… ¿quién eres?

—Una especie de hombre…

—¡Ya, claro! ¿Estás casado?

—No he tenido ese honor…

—¿No me engañas?

—¿Por qué dices eso?

Bajó los ojos, estuvo unos momentos pensativa y dijo:

—¿Y cómo es que sabes tantas cosas de mujeres?

En esta ocasión decidí mentir. Y dije:

—He estudiado. Soy estudiante, ¿sabes?

—¡Sí, claro! En la aldea, el hijo mayor del pope también es estudiante; estudia para pope…

—Pues algo parecido. Bueno, voy a buscar agua…

La mujer inclinó la cabeza hacia su hijo, quería asegurarse de que respiraba.

Después miró hacia el mar.

—Me gustaría lavarme, pero esa clase de agua… tan rara… ¿Qué agua es esa? Es salada y amarga…

—Qué va; tienes que lavarte con ella. ¡Es muy saludable!

—¿Seguro?

—Segurísimo. Y está más tibia que la del arroyo; aquí los arroyos son como hielo…

—Si tú lo dices…

Un abjasio pasó despacio a caballo; iba dormitando, con la cabeza caída sobre el pecho. Su pequeño caballo, todo tendones, nos miró de refilón con un ojo redondo y negro, y amusgó las orejas. Al resoplar, el jinete, alertado, levantó la cabeza, cubierta con un aparatoso gorro de piel, nos echó un vistazo y volvió a sumirse en su sopor.

—Qué gente más rara hay por aquí, muchos dan miedo —dijo en voz baja la mujer.

Me alejé. Un arroyo de aguas claras y vivas como el mercurio saltaba y cantaba entre las piedras. Las hojas otoñales giraban alegremente en esas aguas. ¡Era una maravilla! Me lavé la cara y las manos, llené la tetera; al volver, vi a través de los arbustos que la mujer se

arrastraba de rodillas por las piedras y miraba nerviosa a todas partes.

—¿Qué te pasa?

Se asustó, se quedó gris y trató de ocultar algo debajo del vestido. Me imaginé lo que era.

—Dame, que ya lo entierro yo…

—¡Ay, no, querido mío! ¡Qué cosas dices! Habría que enterrarlo en unos baños, en el zaguán, bajo el suelo…

—¿Y te crees tú que van a construir aquí unos baños? ¡Figúrate!

—Tú te lo tomas a broma, pero a mí estas cosas me dan mucho miedo. ¿Y si se lo come un animal? Lo suyo es devolverlo a la tierra…

Se volvió hacia un lado y, dándome un atadillo húmedo y pesado, me pidió avergonzada, con un hilo de voz:

—Si no te importa… Entiérralo lo más hondo que puedas, por el amor de Dios…

Piensa en mi pobre hijo, hazlo bien…

Cuando volví, vi que regresaba de la playa con paso vacilante, con un brazo extendido hacia delante; la falda se le había mojado hasta la cintura, y tenía mejor color en la cara, como si estuviera iluminada por una luz interior. Mientras la ayudaba a llegar hasta la hoguera, pensé con asombro: «¡Hay que ver! ¡Qué fuerza animal!».

Después tomamos té con miel, y ella me preguntó tímidamente:

—¿Has dejado los estudios?

—Sí.

—No me digas que te diste a la bebida.

—Pues sí, ¡me lo bebí todo!

—¡Ay, cómo eres! Me acuerdo bien de ti; me fijé en ti en Sujum cuando te peleaste con el jefe, por culpa de la comida; me dije en aquella ocasión: «No tiene miedo de nada; se conoce que bebe»…

Y, relamiéndose de gusto la miel en los labios hinchados, no apartaba sus ojos azules del arbusto donde dormía plácidamente el más joven de los hijos de Oriol.

—¿Cómo va a salir adelante? —preguntó con un suspiro, mirándome detenidamente—. Tú me has ayudado, y te estoy agradecida… pero no sé muy bien si será bueno para él…

Se acabó el té, terminó de comer y se persignó. Más tarde, mientras yo recogía mis pertenencias, ella cabeceaba medio dormida, pensando en sus cosas, y miraba al suelo con unos ojos que habían vuelto a perder el color. Por fin, se levantó.

—¿De verdad piensas echar a andar?

—Sí.

—¡Ten mucho cuidado, madre!

—¿Y la Virgen? ¡Anda, dame al niño!

—Yo lo llevo…

Discutimos, pero finalmente ella cedió, y echamos a andar, hombro con hombro.

—Espero no acobardarme —dijo con una sonrisa culpable, y me puso una mano en el hombro.

El nuevo habitante de las tierras rusas, un hombre con un futuro ignoto, dormía en mis brazos, resoplando con ganas. El mar, arropado con el encaje de las virutas blancas, susurraba y chapoteaba, mientras los arbustos cuchicheaban. Y el sol brillaba en todo lo alto, poco después del mediodía.

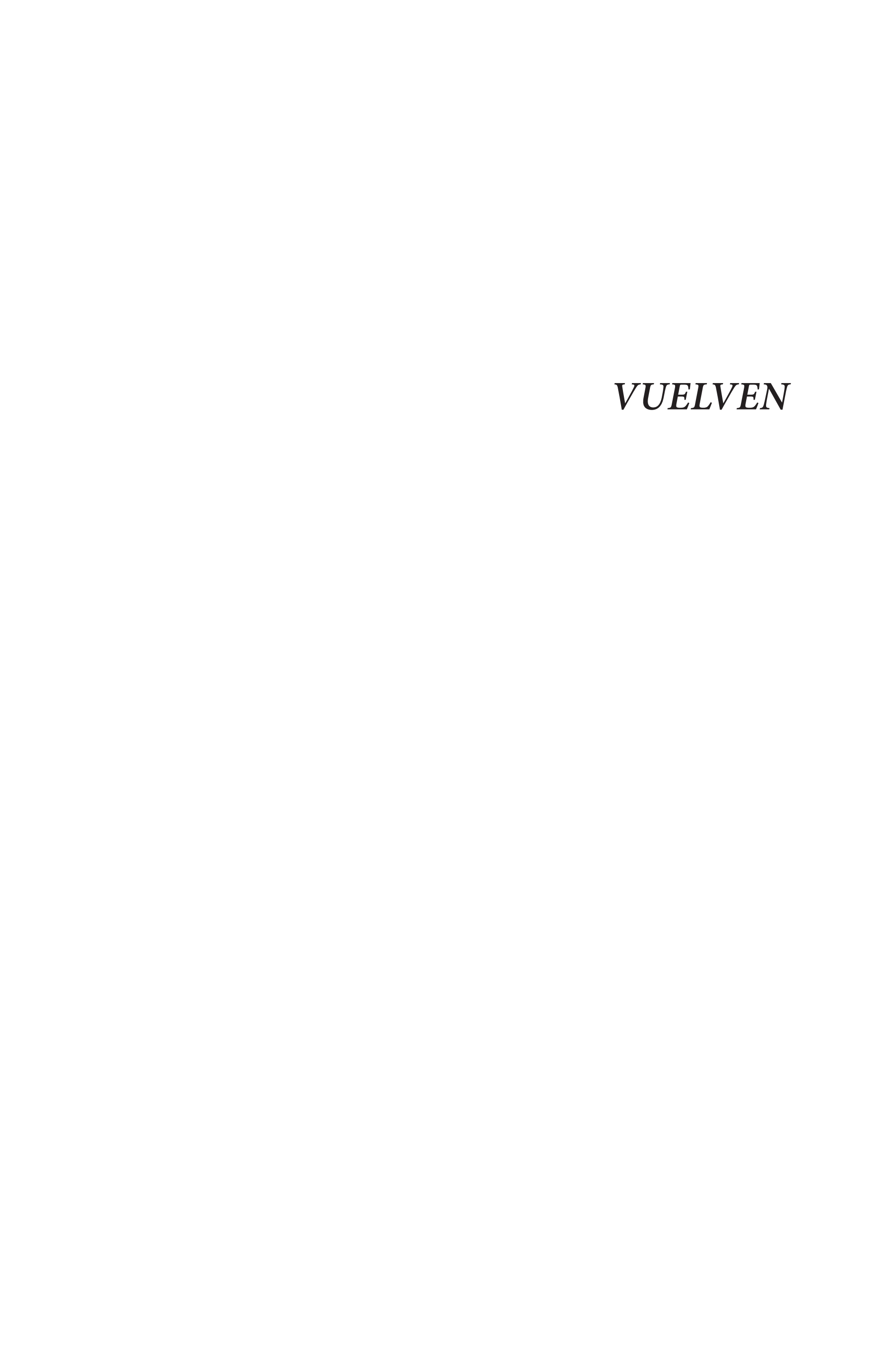
Marchábamos en silencio. De vez en cuando la madre hacía un alto para tomar aire. En esos momentos alzaba la cabeza y paseaba la vista por todas partes; contemplaba el mar, el bosque, las montañas, antes de examinar la cara de su hijo.

Sus ojos, después de haber sido lavados a fondo por lágrimas de sufrimiento, habían recobrado su admirable claridad; habían vuelto a florecer y ardían nuevamente con la llama azul del amor inagotable.

En una de aquellas paradas dijo:

—¡Señor, Señor! ¡Qué maravilla, Dios, qué maravilla! Así podría seguir caminando hasta llegar al fin del mundo, viendo a mi hijo crecer en libertad, pegado al pecho de su madre. ¡Ay, mi tesoro!

No cesaba el susurro del mar.



VUELVEN

Las imponentes rachas de viento de Jiva se estrellaban en las negras montañas de Daguestán; una vez rechazadas, se precipitaban en las frías aguas del mar Caspio, levantando un oleaje encrespado cerca de la orilla.

Miles de blancas crestas se elevaban sobre la superficie, girando y danzando, como cristal fundido bullendo en un inmenso caldero. Los pescadores hablan de «mar picada» para referirse a ese juego del viento y el agua.

Un polvo blanco, formando nubes vaporosas, sobrevolaba el mar, envolviendo una vieja goleta de dos mástiles; venía de Persia, del río Sefid-Rud, y se dirigía a Astracán, con un cargamento de frutos secos: uvas pasas, orejones, melocotones. A bordo viajaba un centenar de pescadores —gente cuya suerte está «en manos de Dios»—, originarios todos de los bosques del alto Volga; hombres sanos, recios, tostados por el viento abrasador, curtidos por las aguas salobres del mar, con barbas crecidas: bestias nobles. Se habían ganado su buen dinero, estaban encantados de volver a casa y alborotaban como osos en cubierta.

Bajo la blanca casulla de las olas, latía y respiraba el cuerpo verde del mar; la goleta lo penetraba con su

afilada proa, igual que un arado labrando los campos, y se hundía hasta la borda en la nieve de su espuma rizada, empapando los foques con las heladas aguas otoñales.

En las velas, hinchadas como globos, crujían los remiendos; rechinaban las vergas; las jarcias, muy tirantes, zumbaban melodiosamente. Todo estaba en tensión, lanzado en un vuelo impetuoso. En el cielo corrían alocadas las nubes y entre ellas se bañaba un sol de plata; el mar y el cielo tenían una extraña semejanza: también el cielo parecía en ebullición.

Silbando con furia, el viento arrastraba hasta el mar las voces de los hombres, sus risas profundas, los retazos de su canción; llevaban un buen rato cantando, pero no habían sido capaces de concordar sus voces armoniosamente: el viento iba arrojando a la cara de los cantantes un fino polvo salado, y solo en algunos momentos se alcanzaba a oír una desgarrada voz femenina, que se elevaba lánguida y lastimera:

Cual serpiente de fuego…

Un aroma espeso y dulzón brotaba de los hermosos orejones, ni siquiera el intenso olor del mar era capaz de ocultarlo.

Ya habían dejado atrás Uch-Kosa, pronto pasarían junto a la isla de Chechen; son lugares conocidos de antiguo por los rusos: de ahí solían partir los guerreros de Kiev en sus expediciones contra Tabaristán. A babor, en el límpido azul otoñal, aparecían fugazmente para perderse luego de vista las oscuras montañas del Cáucaso.

Sentado al pie del palo mayor, con sus anchas espaldas apoyadas en él, viajaba un joven de un tamaño colosal; llevaba una blanca camisa de lienzo y unos pantalones persas de color azul; no tenía barba ni bigote; sus labios eran gruesos y rollizos, sus ojos infantiles, zarcos, muy radiantes, ebrios de alegría juvenil. Tenía las piernas extendidas sobre la cubierta, y en sus rodillas reposaba una joven cortadora de pescado, alta y corpulenta como él. La muchacha, pecosa, con la tez irritada por el viento y el sol, tenía las cejas negras, espesas y grandes como las alas de las golondrinas, y los ojos entrecerrados por el sueño. La cabeza colgaba lánguidamente de las piernas del muchacho, y entre los pliegues de su blusa roja, desabrochada, se alzaban unos pechos firmes, como tallados en marfil, con unos pezones virginales en torno a los cuales las venas dibujaban un arabesco azul.

El brazo del muchacho, largo y nudoso, descansaba en el pecho izquierdo de la joven, y con su ancha mano, negra como el hierro colado, acariciaba gravemente su cuerpo rotundo; en la otra mano sostenía una jarra de vino espeso: unas gotas de color lila caían sobre la blanca pechera de su camisa.

Los hombres los rodeaban, envidiosos; con ávidos ojos palpaban a la muchacha tendida, sujetándose los gorros para que no se los llevaran las rachas de viento y arrebujándose en sus ropas. Más allá del barco, a babor y estribor, observaban las desgreñadas olas verdes; mientras, las nubes se deslizaban por el cielo abigarrado, chillaban las gaviotas insaciables, el sol otoñal parecía bailar en el agua espumeante: tan pronto la revestía con sus sombras azuladas como encendía sobre ella sus piedras preciosas.

A bordo todo el mundo gritaba, cantaba, reía. Sobre un montón de sacos descansaba un gran odre de vino de Kajetia alrededor del cual se agolpaban unos grandullones de largas barbas. La escena tenía un aire antiguo, legendario: hacía pensar en el regreso de Stepán Razin de su expedición a Persia.

Los marineros persas, vestidos de azul, huesudos como camellos, mostrando cordialmente sus dientes perlados, contemplaban la alegría de los rusos: en los ojos soñolientos de esos hombres de Oriente brillaban débilmente unas sonrisas enigmáticas.

Un anciano taciturno, de nariz curva, con un rostro hirsuto de hechicero, desgreñado por el viento, se detuvo al pasar junto al mozo y la mujer, levantó la cabeza con una energía impropia de su edad, y gritó:

—¡Por todos los diablos! ¿Qué haces ahí tirada? ¡Desvergonzada! Pero ¡si estás medio desnuda!

La mujer no se movió, no se dignó siquiera abrir los ojos, solo sus labios temblaron levemente; mientras, el muchacho se estiró, dejó la jarra en la cubierta, colocó también la otra mano en el pecho de la mujer y dijo con determinación:

—¿Qué pasa, Yákim Petrov? ¿Te da envidia? ¡Peor para ti! ¡Largo de aquí! No se hizo la miel para la boca del asno… —Levantó las manazas y, poniéndolas de nuevo en el pecho de la mujer, añadió triunfante—: ¡Vamos a amamantar a toda Rusia!

En ese momento la mujer sonrió lentamente y todo —la goleta, los hombres— pareció suspirar a su alrededor, alzarse como un pecho; después una ola golpeó la borda con estrépito, y las gotas saladas salpicaron a todo el mundo, también a la mujer. Entonces ella, entreabriendo los ojos oscuros, dirigió al anciano, al joven, a todos, una mirada amigable y, con mucha calma, se tapó.

—¡No hace falta! —dijo el joven, apartándole la mano—. ¡Que miren! No te preocupes…

A popa, hombres y mujeres interpretaban una tonada bailable; una embriagadora voz juvenil cantaba vivamente, pero de forma inteligible:

Para nada necesito tus riquezas,
más preciado que ellas es mi amado…

Unos taconazos resonaron en la cubierta; alguien ululó como un inmenso búho; un triángulo tintineó con delicadeza; se oyó una zhaleika calmuca y, en un *crescendo*, una voz femenina se impuso provocativa:

Aúllan los lobos en los campos:
será que el hambre les aprieta;

podrían zamparse a mi suegro:
¡seguro que es un buen bocado!

La gente reía a carcajadas, y alguien gritó de un modo ensordecedor:

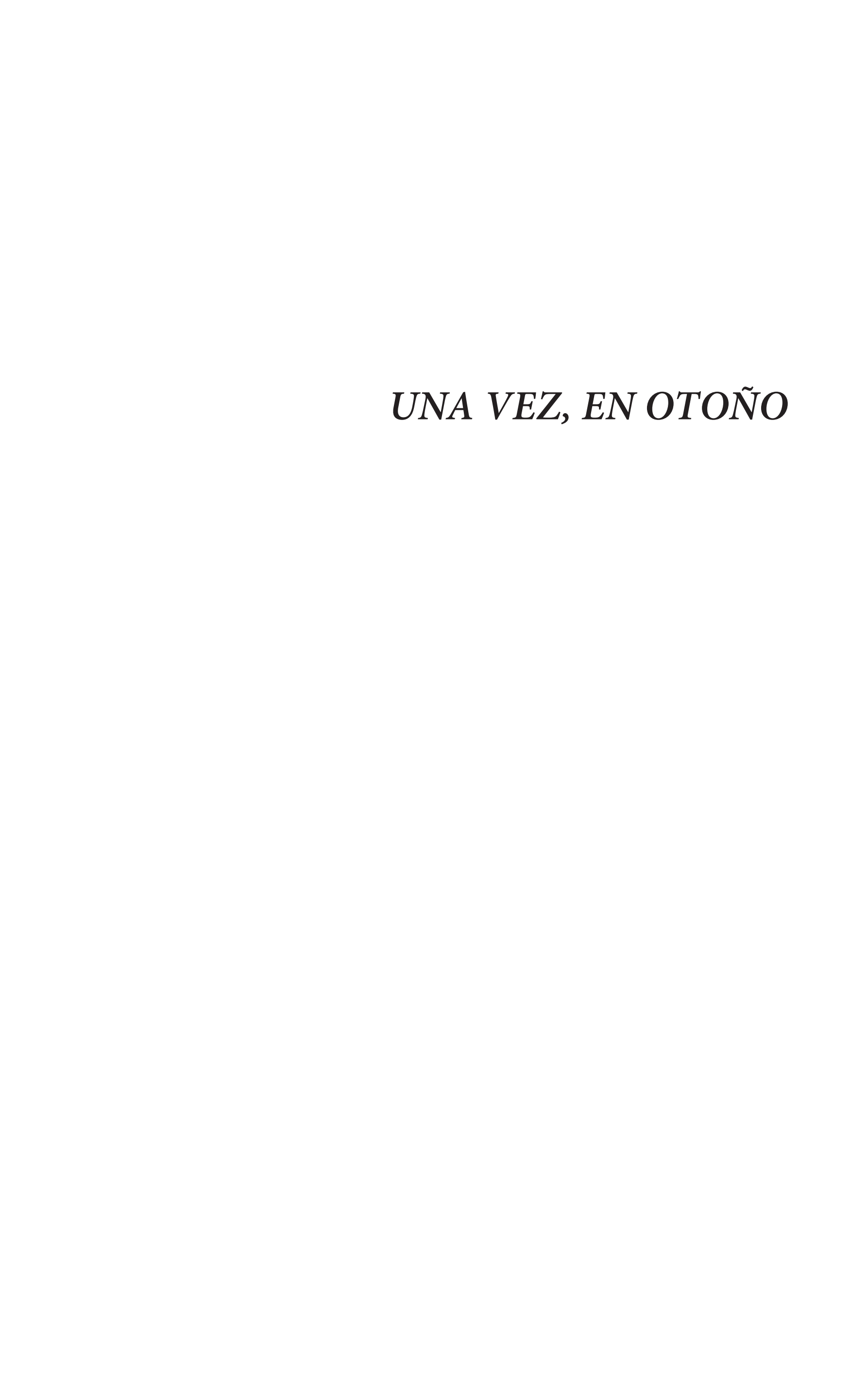
—¿Qué dicen los suegros?

El viento sembró en el mar las risas festivas.

El mocetón cubrió indolentemente a la mujer con el faldón de su armiak y, desencajando sus redondos ojos de chiquillo, dijo, mirando al frente:

—¡En cuanto lleguemos a casa, todo irá de maravilla! ¡Ay, María, ya verás qué bien nos va!

El sol de alas de fuego volaba hacia occidente; las nubes lo perseguían, pero no le daban alcance, y se asentaban en las cumbres nevadas sobre las negras aristas de las montañas.



UNA VEZ, EN OTOÑO

Una vez, en otoño, me vi en una situación tan molesta como desagradable, recién llegado a una ciudad donde no conocía a nadie. Estaba sin blanca y no tenía dónde dormir.

Tras haberme visto obligado a vender en los días previos toda mi ropa, salvo lo más imprescindible, salí de la ciudad y me dirigí a un lugar conocido como Las Bocas. Allí se encontraban los muelles donde amarraban los barcos de vapor; en la temporada de navegación aquello bullía con una actividad incesante, pero en esos momentos todo estaba tranquilo y solitario: estábamos a finales de octubre.

Caminaba arrastrando los pies por la arena húmeda, examinándola con suma atención, ansioso de encontrar en ella algún resto comestible; vagaba en solitario entre edificios desiertos y quioscos, pensando en lo bien que se está con la tripa llena…

En esas situaciones, resulta más sencillo saciar el hambre del espíritu que el hambre del cuerpo. Cuando deambulamos por las calles, nos vemos rodeados por edificios de magnífico aspecto, así como —puede uno afirmarlo sin temor a equivocarse— bien amueblados por

dentro. Algo que puede suscitar en nosotros deleitosas reflexiones sobre arquitectura, higiene y muchas otras cuestiones profundas y trascendentales; nos cruzamos con personas bien vestidas y abrigadas, personas respetuosas que no vacilan en apartarse delicadamente para no tener que reparar en nuestra existencia lamentable. Les doy mi palabra: el espíritu del hambriento siempre está mejor alimentado, de forma más saludable, que el espíritu del ahíto. ¡Ahí tenemos una hipótesis a partir de la cual podemos sacar una conclusión muy graciosa a favor de los saciados!

Caía la tarde, llovía, soplaba el viento racheado del norte. Silbaba en los quioscos y tenduchos vacíos, azotaba las ventanas de los hoteles, protegidas con tablones, y llenaba de espuma las olas del río que rompían con estrépito sobre la arena de la orilla, levantando sus blancas crestas. Después, saltando impetuosamente unas sobre otras, las olas se perdían en la borrosa lejanía… Se diría que el río, sintiendo la cercanía del invierno, huía aterrado de las cadenas de hielo que aquella misma noche podía arrojarle el viento del norte. Del cielo plomizo y sombrío caían sin pausa las gotas de lluvia, diminutas, casi invisibles; dos deformes sauces derribados y una

barca volcada junto a sus raíces acentuaban la triste elegía de la naturaleza que me rodeaba.

Un bote volcado y desfondado y unos árboles viejos, penosos, saqueados por el viento helado… Todo allí resultaba ruinoso, estéril y muerto, mientras el cielo derramaba inagotables lágrimas. Todo parecía tan solitario y tan lúgubre como si estuviera a punto de morir; pronto sería yo el último ser vivo, aunque también a mí me estaba esperando la gélida muerte.

Y yo tenía entonces diecisiete años, ¡maravillosa edad!

Caminé y caminé por el húmedo y desapacible arenal, entonando con los dientes una melodía dedicada al hambre y al frío, cuando de pronto, mientras buscaba afanosamente algo de comer, al pasar por uno de los quioscos, descubrí una figura de mujer. Estaba encogida en el suelo, y el vestido, empapado por la lluvia, se le pegaba a la espalda inclinada. Me detuve cerca de ella y me fijé en lo que hacía. Estaba cavando con las manos una zanja en la arena, tratando de hacer un agujero por debajo de un quiosco.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté, sentándome en cuclillas a su lado.

Soltó un tímido grito y rápidamente se puso en pie. En ese momento, viéndola a mi lado, mientras ella me miraba fijamente con sus asustados ojos pardos, me di cuenta de que era una muchacha de mi edad, con una cara muy bonita en la que, por desgracia, destacaban tres enormes moratones. Eso la afeaba, aunque los moratones estaban dispuestos con una asombrosa proporcionalidad: había uno debajo de cada ojo —ambos del mismo tamaño— y otro —más grande— en la frente, justo encima del entrecejo. Esa simetría delataba el trabajo de un artista, muy diestro en la labor de desfigurar una fisonomía humana.

A medida que me miraba, el temor desaparecía de los ojos de la chica… De pronto se sacudió la arena de las manos, se colocó el pañuelo de percal de la cabeza, se encogió de hombros y dijo:

—Me imagino que tú también tendrás hambre… Anda, cava tú, a mí ya me duelen las manos. Mira, ahí dentro —señaló el quiosco con la cabeza— seguro que hay pan… Aquí todavía comercian…

Y me puse a cavar. También la chica, después de estar un rato pendiente de mí, se sentó a mi lado y empezó a ayudarme…

Trabajábamos en silencio. No sabría decir ahora si en esos instantes se me pasaron por la cabeza el código penal, la moral, el derecho a la propiedad y todas esas cosas de las que, según los expertos, conviene acordarse en todos los momentos de la vida. Aunque, si no quiero apartarme demasiado de la verdad, tendré que admitir que seguramente estaría tan concentrado en la tarea de cavar aquel agujero bajo el almacén que no pensaría en nada que no fuera lo que nos aguardaba allí dentro…

Se hacía de noche. La oscuridad —húmeda, penetrante, fría— se iba cerrando a nuestro alrededor. El rumor de las olas parecía algo más sordo que antes, mientras la lluvia repiqueteaba en los tablones del quiosco con mayor frecuencia e intensidad…

No muy lejos, resonó la matraca de un vigilante nocturno.

—¿Tú crees que habrá un suelo de madera? —preguntó en voz baja mi compinche.

Yo no entendí a qué se refería, y no le respondí.

—Decía que si habrá un suelo. Porque, de ser así, nos estamos deslomando para nada. Después de cavar el agujero, igual nos encontramos ahí dentro con unos tablones muy gruesos… Y a ver quién los quita… Sería mejor reventar el candado… No debe de ser muy bueno…

Las buenas ideas no visitan con frecuencia la cabeza de las mujeres; pero, como ves, no dejan de visitarla en ocasiones… Yo siempre he apreciado las buenas ideas y siempre he tratado de aprovecharlas en la medida de lo posible.

Encontré el candado, tiré de él y saltó junto con los anillos a los que estaba enganchado… Mi compañera se encorvó de inmediato y reptó como una serpiente por la franja rectangular que acabábamos de abrir. Desde dentro me llegó su grito entusiasmado:

—¡Bravo!

Un escueto elogio femenino es para mí más preciado que un verdadero ditirambo pronunciado por un varón, aunque este sea tan elocuente como todos los oradores

de la Antigüedad juntos. Pero por aquel entonces yo era menos galante que en la actualidad y, sin hacer caso del cumplido de la chica, le pregunté brevemente, con cierta aprensión:

—¿Hay algo?

Ella empezó a enumerar monótonamente lo que iba descubriendo:

—Una cesta con unas botellas… Unos sacos vacíos… Un paraguas… Un cubo de hierro.

Nada de aquello era comestible. Sentí desvanecerse mis esperanzas… Pero, de repente, gritó animada:

—¡Ajá! Ya lo he visto…

—¿Qué?

—Pan. Una hogaza… solo que está húmeda… ¡Toma!

A mis pies apareció una hogaza de pan, seguida por mi valerosa compañera. Tardé muy poco en arrancar un cacho, metérmelo en la boca y empezar a masticar…

—Oye tú, dame eso… Además, aquí no podemos estar. ¿Adónde podríamos ir?

Escrutó las tinieblas en todas direcciones… Era una noche oscura, húmeda, rumorosa. —Fíjate en esa barca volcada… ¿Qué dices?

—¡Vamos!

Y fuimos para allá, mientras troceábamos el botín y nos llevábamos los pedazos a la boca… La lluvia arreciaba, el río gemía, un largo silbido burlón sonaba a lo lejos, como si una criatura, enorme e impasible, se riera de todos los principios de este mundo, de aquella espantosa noche otoñal y de nosotros, sus dos héroes… Era un silbido desgarrador, pero, a pesar de todo, yo no dejaba de comer con avidez, y la muchacha, que marchaba a mi izquierda, no se quedaba atrás.

—¿Cómo te llamas? —se me ocurrió preguntarle.

—¡Natasha! —contestó, sin dejar de comer.

La miré con el corazón encogido; miré entonces la oscuridad que me envolvía, y tuve la impresión de que mi

destino, de irónico semblante, me dedicaba una sonrisa fría y enigmática…

La lluvia golpeaba incansablemente las tablas de la barca, despertando tristes pensamientos con su suave susurro, y el viento silbaba al atravesar el fondo roto, metiéndose en una ranura donde pulsaba una astilla, y al hacerlo se oía un crujido inquieto y quejumbroso. Las olas del río rompían en la orilla, con un sonido monótono, desesperado, como si contaran una historia insufrible, tediosa y pesada, de la que ya estaban hartas, una historia de la que preferirían no hablar, pero que no tenían, a pesar de todo, más remedio que referir. El murmullo de la lluvia se fundía con aquel chapoteo, y sobre la barca volcada flotaba el largo y pesado suspiro de la tierra, ofendida y extenuada con aquella eterna sucesión: el paso del cálido y luminoso verano al otoño frío, húmedo y brumoso. El viento se arrastraba sobre la orilla desierta y el río espumeante, entonando deprimentes canciones…

Debajo de la barca no se estaba nada cómodo: había poco espacio, el ambiente era húmedo, las pequeñas y frías gotas de lluvia y las ráfagas de viento se colaban por el fondo destrozado…

Llevábamos un rato callados, temblando de frío. Yo tenía ganas de dormir, y recuerdo a Natasha con la espalda apoyada en la borda, acurrucada y encogida. Se abrazó las rodillas y apoyó en ellas la barbilla; miraba al río fijamente, con los ojos muy abiertos: sobre la mancha blanca de su cara parecían aún más grandes, por culpa de aquellos moratones. No se movía, y su inmovilidad y su silencio —yo me daba cuenta— me fueron intimidando poco a poco… Me apetecía hablar con ella, pero no sabía por dónde empezar…

Fue ella la primera en hablar.

—¡Condenada vida! —exclamó claramente, marcando las sílabas, en un tono profundamente convencido.

Pero no había sido una queja. Había demasiada indiferencia en sus palabras para tratarse de una queja. Yo, sencillamente, estaba en presencia de alguien que había estado dándole vueltas a una cuestión, como mejor sabía, hasta llegar a una conclusión determinada que había expresado en voz alta y a la que yo no podía oponerme sin incurrir en una contradicción. Por eso, no dije nada. Y ella, sin hacerme mucho caso, seguía allí sentada, sin moverse.

—Total, casi mejor reventar… —añadió Natasha, esta vez en voz baja, pensativa.

Y tampoco esta vez había en sus palabras una sola nota de protesta. Se apreciaba claramente que, después de meditar sobre la existencia, se había examinado a sí misma y había concluido que, para preservarse de las humillaciones de la vida, no estaba en condiciones de hacer otra cosa que no fuera, justamente, «reventar».

Yo estaba asqueado de tanta lucidez, y tenía la sensación de que, si seguía callado un poco más, seguramente me echaría a llorar… Y eso habría sido un acto vergonzoso en presencia de una mujer, sobre todo porque ella, desde luego, no lloraba. Me decidí a entablar conversación.

—¿Quién te ha hecho eso? —le pregunté; no se me había ocurrido nada más inteligente.

—Ha sido Pashka… —contestó en voz alta, con firmeza.

—¿Quién es ese?

—Mi querido… Uno que es panadero…

—¿Te pega a menudo?

—Cuando bebe más de la cuenta, le da por pegarme…

Y de pronto, acercándose a mí, empezó a contarme cosas de su vida, de Pashka y de sus relaciones. Ella era una «mujer de mala vida»; él, un panadero de bigotes rojos que tocaba el acordeón divinamente. Había ido a verla a su «establecimiento» y a ella le había gustado mucho, porque era un hombre alegre y que vestía decentemente.

Llevaba una poddiovka de quince rublos y botas con «adornos»… Por ese motivo se enamoró de él y él se convirtió en un cliente «de confianza». Y, al convertirse en un cliente «de confianza», se dedicó a quitarle el dinero que otros clientes le daban para golosinas, a gastarse en bebida ese dinero y a pegarle… Lo cual no habría tenido mayor importancia, si no hubiera empezado a liarse con otras delante de ella…

—¿Se habrá creído que no me importa? Como si yo fuera menos que nadie…

Vamos, que se burla de mí, el muy sinvergüenza. Hace un par de días le pedí un rato libre a la patrona, fui a

verle, y resulta que la borracha de Dianka estaba con él. Y él también estaba algo achispado. Le digo: «¡Serás desgraciado! ¡Bandido!». Me dio una paliza tremenda. Me pateó, me tiró de los pelos, no se privó de nada… ¡Y eso es lo de menos! Me destrozó la ropa… Y ahora, ¿qué hago yo? ¿Cómo me presento con estas pintas delante de la patrona? Todo roto: el vestido, la blusa… Nuevecita que estaba… Y encima me ha dejado sin pañuelo… ¡Señor! ¿Qué va a ser de mí ahora? —empezó a gemir de pronto con voz lastimera y desgarrada.

Y el viento también gemía, cada vez con más fuerza, y cada vez más frío. Los dientes me empezaron otra vez a castañetear. También ella se encogió, muerta de frío, y se acercó tanto a mí que podía ver el brillo de sus ojos a través de la oscuridad…

—¡Qué canallas son los hombres! Los pisotearía a todos, no les dejaría un miembro sano. Y, si alguno la espicha… ¡de buena gana le escupiría en toda la cara!

¡No me dan la menor pena! ¡Miserables! Y hay que ver qué forma de gimotear, meneando el rabo, peor que los perros, esperando a que alguna boba os haga caso,

y asunto concluido. Ya está en sus garras… Malditos veletas…

No paraba de meterse con los hombres, poniéndolos a caldo, pero sus insultos no tenían fuerza: no se percibía en ellos ni rabia ni odio a esos «malditos veletas». En general, había en el tono de su discurso una calma que no se correspondía con el contenido y su voz resultaba tristemente pobre en matices.

Pero todo aquello me afectó mucho más que los más elocuentes, que los más convincentes entre los incontables libros y discursos pesimistas que hubiera podido leer y escuchar antes y después, y que he seguido leyendo y escuchando hasta la fecha. Y eso es así por la misma razón por la que la agonía de un hombre que está a punto de fallecer es mucho más natural y más impactante que cualquier descripción de la muerte, por precisa y hermosa que sea.

Me sentía mal; es posible que fuera más por el frío que por las palabras de mi acompañante. Suspiraba en silencio y me rechinaban los dientes.

Casi de inmediato sentí el contacto de dos manos pequeñas: una de ellas en el cuello, la otra en la cara. Y al mismo tiempo oí una voz preocupada, suave, cariñosa:

—¿Qué te pasa?

Podría haber esperado esa pregunta de cualquier persona menos de Natasha, que acababa de proclamar que todos los hombres eran unos miserables y les deseaba a todos la muerte. Pero en seguida se apresuró a añadir:

—¿Qué te pasa?, dime. ¿Tienes frío o qué? ¿Estás tiritando? ¡Ay, cómo eres! Ahí parado…, ¡como un mochuelo! Tenías que haberme dicho antes que tenías frío… Anda… túmbate en el suelo… Tiéndete… yo también me tumbo…, ¡así! Ahora abrázame… más fuerte… Seguro que ahora se te pasa el frío… Y después nos tumbamos espalda con espalda… Se trata de pasar la noche… Y ¿cuál es tu historia? ¿Te has dado a la bebida? ¿Te han echado del trabajo? ¡No pasa nada!

Estaba reconfortándome… Dándome ánimos…

¡Maldita sea mi estampa! ¡Tres veces maldita! ¡Cuánta ironía había en aquello!

Yo estaba, en ese tiempo, seriamente preocupado por el destino de la humanidad, soñaba con la reorganización de la estructura social, con las transformaciones políticas, leía toda clase de libros diabólicamente complicados, tan profundos que, seguramente, su sentido no estaba al alcance ni de sus propios autores… Y, al mismo tiempo, trataba por todos los medios de convertirme en un «activista de primer orden». Y resulta que me estaba dando calor con su cuerpo una mujer venal, una criatura infeliz, maltratada, acosada, sin sitio adonde ir, sin precio, a la que nunca se me habría ocurrido prestar ayuda hasta que ella me ayudó a mí, y, aunque así hubiera sido, difícilmente habría sabido cómo hacerlo.

Ay, habría jurado que todo eso me estaba pasando en sueños, en un mal sueño, en una pesadilla…

Pero ¡qué va!, eso era imposible, pues las gotas heladas de lluvia caían sobre mí, el pecho de aquella mujer se estrechaba contra mi cuerpo, exhalando en mi rostro su cálido aliento… que olía levemente a vodka, pero ¡era tan vivificante! El viento aullaba y gemía, la lluvia golpeaba la barca, las olas rompían, y nosotros dos, fuertemente abrazados, tiritábamos de frío. Todo eso era

completamente real, y estoy convencido de que nadie ha tenido pesadillas tan atroces como aquella realidad.

Y Natasha me seguía hablando, con ese cariño y esa simpatía con la que solo las mujeres son capaces de hablar. Bajo la influencia de sus palabras, cariñosas e ingenuas, una tímida llama se encendió en mi interior, y en mi corazón se produjo el deshielo.

Entonces las lágrimas brotaron de mis ojos, como una granizada, llevándose consigo la rabia, la melancolía, la estupidez y la suciedad que se habían ido acumulando en mi corazón hasta esa noche…

Natasha intentaba convencerme:

—¡Venga, no llores, no seas tonto! ¡Déjalo ya! Ya verás cómo todo se arregla, con ayuda de Dios… Conseguirás otro trabajo…

Y no paraba de besarme. Continuamente, sin descanso, con fervor…

Fueron los primeros besos de mujer que me deparó la vida, y fueron los mejores besos, pues todos los que

vinieron después me costaron muy caros y apenas me aportaron nada.

—Vamos, basta ya de gimoteos, ¡mira que eres raro! Mañana mismo te busco un sitio, ya que no tienes a donde ir… —oía yo, como en un sueño, un suave susurro consolador…

Estuvimos toda la noche abrazados.

Y, cuando amaneció, salimos de la barca y nos dirigimos a la ciudad… Después nos despedimos amistosamente, y no volvimos a encontrarnos jamás, a pesar de que estuve más de medio año buscando en todos los tugurios a aquella adorable Natasha, con la que pasé aquella noche, una vez, en otoño…

Si acaso ha muerto —¡Qué suerte para ella!—, ojalá descanse en paz. Y, si aún vive, espero que disfrute de sosiego. Y que no se despierte en su alma la conciencia de la caída… Pues solo supondría un sufrimiento inútil y estéril…

EL JAN Y SU HIJO

—En aquel tiempo gobernaba en Crimea el jan Mosolaima el Asvab, el cual tenía un hijo llamado Tolaik Algalla…

Con estas palabras, cierto tártaro pobre y ciego, apoyando la espalda en el pardo tronco de un árbol, comenzó a relatar una de las antiguas leyendas de aquella península, tan rica en recuerdos. En torno al narrador, sobre fragmentos de piedra del palacio del jan, destruido por el tiempo, se hallaba sentado un grupo de tártaros, ataviados con vistosas túnicas y tubeteikas bordadas en oro. Estaba atardeciendo. El sol descendía lentamente sobre el mar, sus rayos carmesíes atravesaban el oscuro follaje que rodeaba las ruinas y formaba brillantes manchas sobre las piedras cubiertas de musgo, enredadas por la tenaz hiedra. Susurraba el viento en el soto de los viejos sicomoros, sus hojas murmuraban como si por el aire corrieran arroyos invisibles.

La voz del mísero ciego era débil y trémula, su pétreo rostro no reflejaba en sus arrugas más que paz. Las palabras, aprendidas de memoria, se derramaban una tras otra y, ante su auditorio, se alzaba la imagen de los emocionantes tiempos pretéritos.

—El jan era anciano —decía el ciego—, mas tenía muchas mujeres en su harem.

Y estas amaban al anciano por el vigor y el fuego que aún conservaba y por sus caricias tiernas y apasionadas, pues las mujeres siempre amarán al hombre que sabe acariciar vigorosamente, aunque tenga el pelo cano y el rostro ajado, porque en la fuerza reside la belleza y no en la tersura de la piel ni en el rubor de las mejillas.

Todas ellas amaban al jan, pero él prefería a una prisionera cosaca de las estepas del Dniéper y siempre le mostró más cariño que a las demás mujeres del harem, donde había trescientas mujeres procedentes de diversas tierras, y todas ellas eran hermosas como las flores en primavera, y todas vivían en la abundancia. Muchos manjares exquisitos y deliciosos ordenaba el jan que les prepararan y les permitía siempre que les venía en gana danzar, tocar instrumentos…

Mas era a la cosaca a quien con frecuencia llamaba a su torre, desde la cual se veía el mar. Allí tenía para la cosaca todo cuanto precisa una mujer para vivir con gozo: dulces, ricas telas, oro, piedras de todos los colores, música, aves exóticas, y ardientes caricias de enamorado. En esta torre

se solazaba con ella días enteros, descansando de sus ocupaciones cotidianas y sabiendo que su hijo Algalla no comprometería la gloria del janato, pues correteaba como un lobo por las estepas rusas y siempre regresaba de allá con un rico botín, con nuevas mujeres, con nueva gloria, dejando tras de sí horror y ceniza, cadáveres y sangre.

Una vez regresó aquel, Algalla, de una incursión contra los rusos, y se organizaron grandes festejos en su honor; todos los mirzas de la isla acudieron a ellos, hubo juegos y un banquete, dispararon flechas a los ojos de los prisioneros a fin de probar la fuerza de sus brazos, y bebieron una y otra vez loando el valor de Algalla, terror de los enemigos, báculo del janato. El viejo jan gozaba de la gloria de su hijo. Se alegraba de saber que, cuando muriera, el janato estaría en manos fuertes.

Complacido por ello y deseando mostrar a su hijo la fuerza de su amor, en medio del banquete, delante de todos los mirzas y los beys, alzó la copa y dijo:

—¡Eres un buen hijo, Algalla! ¡Alabado sea Alá y bendito el nombre de su profeta!

Y todos glorificaron el nombre del profeta en un coro de poderosas voces.

Entonces dijo el jan:

—¡Alá es grande! Estando yo aún con vida, ha resucitado mi juventud en mi valeroso hijo, y he aquí que advierto con mis ancianos ojos que, cuando el sol se oculte de ellos y cuando los gusanos devoren mi corazón, ¡estaré vivo en mi hijo!

¡Alá es grande y Mahoma, su profeta! Tengo un buen hijo, su mano es firme y despierta su inteligencia… ¿Qué deseas tomar, Algalla, de las manos de tu padre? Dilo y te daré todo lo que pidas…

Y no se había extinguido aún la voz del anciano jan cuando se levantó Tolaik Algalla y, con ojos centelleantes, negros como el mar en la noche y ardientes como los de un águila de montaña, dijo:

—Padre y soberano, dame a la cautiva rusa.

El jan guardó silencio unos instantes, el tiempo suficiente para contener el estremecimiento de su corazón, y a continuación dijo con voz alta y firme:

—¡Tómala! Cuando acabemos el banquete, tuya será.

El osado Algalla se inflamó, sus ojos de águila brillaron por la inmensa alegría, se irguió y dijo a su padre, el jan:

—¡Aprecio tu obsequio, padre soberano! Lo aprecio… Soy tu esclavo, tu hijo.

Toma mi sangre gota a gota, ¡veinte veces moriré por ti!

—¡No requiero nada! —dijo el jan, e inclinó sobre el pecho su cana cabeza, coronada por la gloria de muchos años de innumerables hazañas.

Pronto acabó el banquete y ambos, en silencio, salieron juntos del palacio y se dirigieron al harem.

Era una noche oscura, no se veían ni las estrellas ni la luna entre las nubes, que cubrían el cielo cual tupido tapiz.

Largo tiempo llevaban caminando padre e hijo sumidos en la oscuridad, cuando, de repente, el jan el Asvab rompió el silencio y dijo:

—De día en día se va apagando mi vida, y mi corazón late cada vez más débil, poco a poco disminuye el ardor de mi pecho. La luz y el calor de mi vida son las ardientes caricias de la cosaca… Dime, Tolaik, dime, ¿de veras tanto la necesitas?

¡Toma cien de mis mujeres, tómalas a todas en vez de a ella…!

Tolaik Algalla guardó silencio y lanzó un suspiro.

—¿Cuántos días me quedan sobre la tierra? Pocos, sin duda… La última alegría de mi vida es esa muchacha rusa. Me conoce, me ama; cuando ella no esté, ¿quién va amar a este viejo? ¿Quién? ¡Ninguna, Algalla, ninguna!…

Algalla continuaba callado…

—¿Cómo podré vivir, sabiendo que tú la abrazas, que ella te besa? ¡Ante una mujer no hay ni padre ni hijo, Tolaik! Ante una mujer todos somos hombres, hijo mío… Amargos me serán mis últimos días… ¡Así se abran todas las viejas heridas de este cuerpo mío, Tolaik, y derramen mi sangre, antes que sobrevivir a esta noche, hijo mío!

El hijo guardaba silencio… Llegaron a las puertas del harem y, cabizbajos, permanecieron largo rato ante ellas. La oscuridad los envolvía; las nubes cruzaban el cielo, y el viento, al azotar los árboles, producía un murmullo semejante a una canción…

—Hace mucho que la amo, padre… —dijo Algalla con voz queda.

—Lo sé… Mas sé también que ella a ti no… —replicó el jan.

—Se me parte el corazón cuando pienso en ella.

—¿Y este viejo corazón, qué lo llenará ahora?

Y de nuevo callaron. Algalla suspiró.

—Está claro que el sabio mulá me decía la verdad; la mujer siempre resulta perjudicial para el hombre: cuando es hermosa, despierta el deseo de los demás hombres, y condena a su esposo al tormento de los celos; cuando es fea, su marido sufre de envidia al contemplar la belleza de las mujeres de otros; pero, si no es ni hermosa ni fea, el hombre se la imagina muy bella y, al darse cuenta de

su equivocación, de nuevo sufre a causa de ella, de esa mujer…

—La sabiduría no es remedio para los dolores del corazón —dijo el jan.

—Compadezcámonos el uno del otro, padre…

El jan alzó la cabeza y miró contristado a su hijo.

—Matémosla —dijo Tolaik.

—Te amas más a ti mismo que a ella y que a mí —respondió pausadamente el jan tras meditar unos instantes.

—Y tú también.

Y callaron de nuevo.

—¡Sí! Yo también —dijo triste el jan. El dolor le había convertido en un niño.

—Entonces, ¿la matamos?

—No puedo entregártela, no puedo —dijo el jan.

—Y yo no puedo soportarlo más; arráncame el corazón o dámela…

El jan guardó silencio.

—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña.

—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña —repitió el jan las palabras de su hijo como si fuera el eco de su voz.

Y entonces entraron en el harem, donde ella se hallaba ya durmiendo sobre una magnífica alfombra tendida en el suelo. Se detuvieron ante ella y la contemplaron; largo rato estuvieron admirándola. Las lágrimas surcaron las mejillas del jan, desde sus ojos hasta su plateada barba, y brillaron en ella cual perlas, pero su hijo tenía los ojos centelleantes y, rechinando los dientes por la pasión reprimida, llamó a la cosaca. Esta se despertó, y en su rostro, dulce y rosado como la aurora, florecieron sus ojos como aldizas. Sin advertir la presencia de Algalla, ofreció sus labios bermejos al jan.

—¡Bésame, águila mía!

—Prepárate… has de venir con nosotros —dijo el jan en voz baja.

Entonces se percató de la presencia de Algalla y de las lágrimas en los ojos de su águila y, como era perspicaz, al punto lo comprendió todo.

—Voy —dijo—, voy. Ni para uno, ni para otro: eso es lo que han decidido, ¿no es así? Es la única decisión posible entre hombres de corazón firme. Voy.

Y los tres, en silencio, se dirigieron hacia el mar. Recorrieron angostos senderos; el viento ululaba, ululaba con furia…

Como la muchacha era delicada, no tardó en cansarse, mas era también orgullosa y no se quejaba.

Y, cuando el hijo del jan advirtió que se quedaba rezagada, le preguntó:

—¿Tienes miedo?

Los ojos de la joven brillaron al mirarle y le mostró su pierna ensangrentada…

—¡Deja que te coja! —dijo Algalla tendiéndole los brazos. Pero la muchacha se abrazó al cuello de su vieja águila. El jan la tomó en sus brazos como una pluma, y la levantó; ella, acomodada en sus brazos, le apartaba las ramas del rostro, temiendo que estas le dieran en un ojo. Avanzaron largo rato, ya se oía el murmullo del mar a lo lejos. Entonces Tolaik, que los seguía por el sendero, dijo a su padre:

—Déjame ir delante, pues siento deseos de clavarte mi puñal en el cuello.

—Pasa delante, Alá te castigará por tu deseo o te perdonará según su voluntad; yo, que soy tu padre, te perdono. Sé lo que es el amor.

Y llegaron al mar, que se extendía ante ellos en un abismo, profundo, negro y sin costas. Las olas cantaban con un sordo murmullo al pie del promontorio, y allá abajo no había más que oscuridad, frío y horror.

—¡Adiós! —dijo el jan, besando a la muchacha.

—¡Adiós! —dijo Algalla con una reverencia.

La joven contempló un instante el abismo donde cantaban las olas, y, dando un paso atrás, cruzó las manos sobre el pecho.

—Arrojarme al fondo —les dijo.

Algalla extendió hacia ella sus brazos con un gemido, pero el jan la cogió entre los suyos, la apretó contra su pecho, la besó y, levantándola por encima de su cabeza, la arrojó al mar desde el promontorio.

Al fondo del abismo las olas rompían contra las rocas y bramaban, y era tal su clamor que ninguno la oyó chocar contra el agua. No oyeron nada, ni siquiera un grito. El jan se inclinó sobre las rocas y, en silencio, se asomó al tenebroso abismo donde el mar se confundía con las nubes, desde donde se propagaba el murmullo del sordo batir de las olas y llegaba un viento que azotaba su canosa barba. Tolaik, a su lado, se cubría el rostro con las manos, silencioso e inmóvil como una roca. Así transcurría el tiempo; una tras otra, las nubes surcaban el cielo arrastradas por el viento, tan oscuras y lúgubres como los pensamientos del viejo jan, asomado al mar desde el alto promontorio.

—Vámonos, padre —dijo Tolaik.

—Espera… —musitó el jan, como si estuviera escuchando algo. Y de nuevo transcurrió un largo rato, abajo batían las olas, y el viento azotaba el promontorio, ululando por entre los árboles.

—Vámonos, padre…

—Aguarda un poco…

Varias veces se lo repitió Tolaik Algalla:

—Vámonos, padre.

Él siguió sin moverse del sitio donde había perdido la alegría de sus últimos días.

Mas —¡Todo llega a su fin!— se incorporó con vigor y orgullo; se irguió, frunció el ceño y dijo con voz sorda:

—Vámonos.

Entonces emprendieron el camino de regreso, pero, al poco, el jan se detuvo.

—Pero ¿para qué volver, Tolaik? ¿Adónde voy a ir? —inquirió a su hijo—. ¿Qué sentido tiene ahora mi existencia, cuando era ella mi vida entera? Soy viejo, ninguna mujer me amará ya, y el hombre que no es amado no tiene razón de ser en esta vida.

—Tienes gloria y riquezas, padre…

—Por uno solo de sus besos lo daría todo. No hay nada en el mundo como el amor de una mujer. Sin este amor, el hombre carece de vida; es un miserable y arrastra una deplorable existencia. Adiós, hijo mío, que la bendición de Alá caiga sobre tu cabeza y te acompañe todos los días y todas las noches de tu vida —Y el jan se volvió de frente al mar.

—¡Padre —exclamó Tolaik—, padre!… —Y no pudo decirle nada más, pues nada puede decirse al hombre a quien la muerte sonríe, nada de lo que uno diga le devolverá el amor a la vida.

—Déjame…

—Alá…

—Él ya lo sabe…

Con paso rápido se acercó el jan al despeñadero y se arrojó al abismo. Su hijo no pudo detenerle, no tuvo tiempo. Tampoco esta vez se oyó nada, ni un grito ni el ruido del jan al caer, tan solo el batir de las olas y el aullido salvaje del viento.

Tolaik Algalla estuvo largo rato mirando al abismo y luego exclamó en voz alta:

—¡Oh, Alá! ¡Concédeme también a mí un corazón tan firme como el suyo!

Y luego se adentró en la oscuridad de la noche…

Así murió el jan Mosolaima el Asvab, y se convirtió en jan de Crimea Tolaik Algalla…

“ «Mi querido Boles… corazón mío… mi fiel enamorado… ¡Qué la Santísima Virgen te proteja!… Tesoro mío, ¿por qué no has escrito desde hace tiempo a tu palomita Teresa, que está muy triste?»...

Colección
Lima Lee

